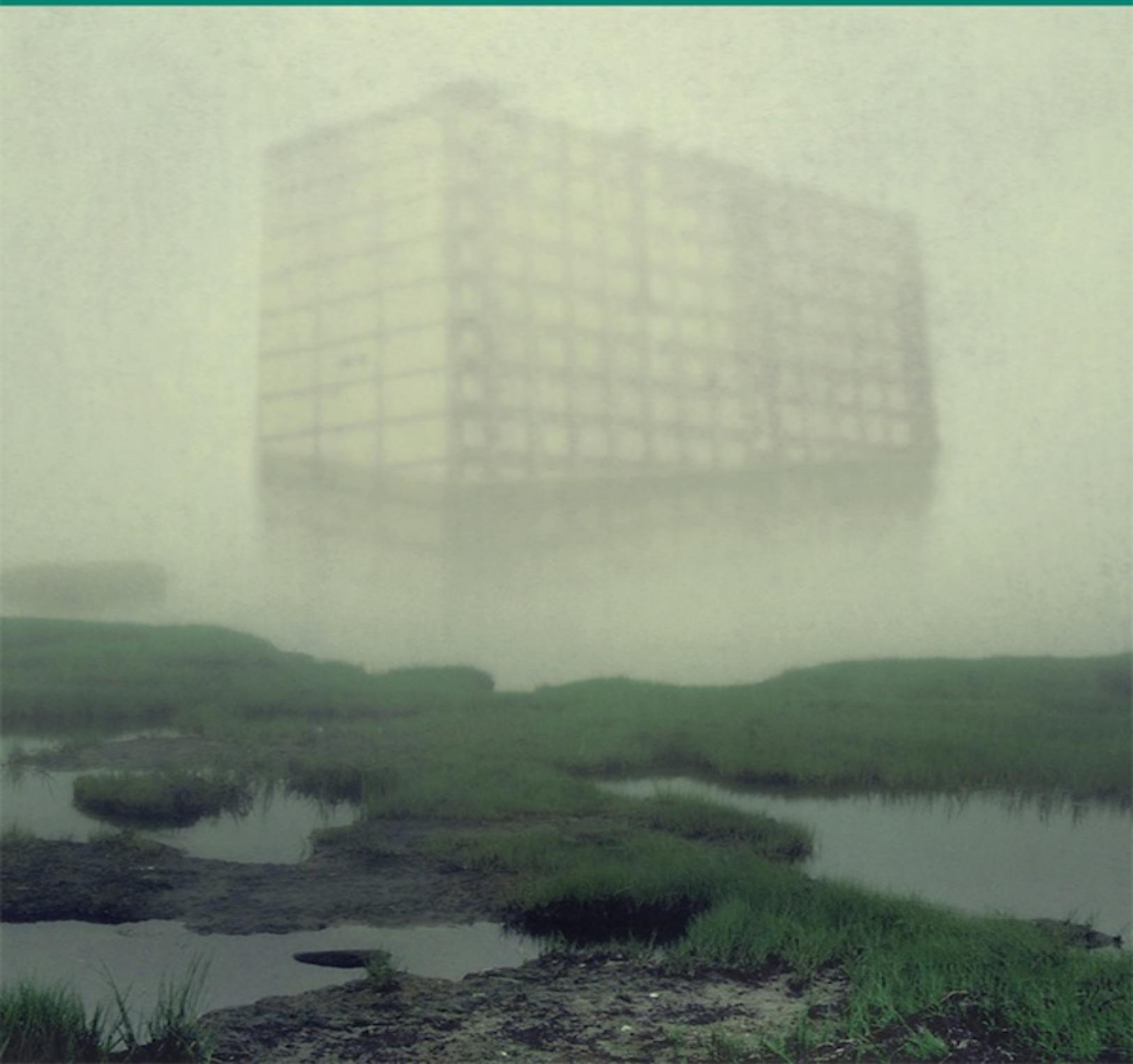


La niebla, tres veces
MENCHU GUTIÉRREZ

Nuevos Tiempos **Siruela**



Menchu Gutiérrez

La niebla, tres veces

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Prólogo

La niebla, tres veces

Viaje de estudios

La tabla de las mareas

La mujer ensimismada

Créditos

Prólogo

Hace algún tiempo, invitada a hablar sobre el tema del paisaje en mis libros, y con el fin de publicitar el seminario en el que estaba enmarcada la charla, me pidieron un título provisional, mucho antes de que yo hubiera pensado cómo iba a enfocarla.

El título surgió de forma automática: Calles en la niebla. Cuando, inmediatamente después, me pregunté por la razón de este impulso, de este «título reflejo», pensé que la niebla era también una idea, una abstracción en la que me sentía cómoda, como el lienzo todavía desnudo en el caballete, una idea suficientemente abstracta como para no comprometer el contenido posterior de la charla.

Para mi sorpresa, cuando comencé a plantearla y me puse a releer algunos pasajes en los que el escenario jugaba un papel importante en la narración, me di cuenta de que la niebla hacía su aparición en un momento u otro en todos mis libros, y que, más que mero escenario, era una presencia viva a la cual le había sido encargada una misión importante.

La niebla era una anestesia que ponía a dormir el paisaje. Después, como si éste despertara de un sueño, comenzaban a hacer su aparición las formas, el dibujo de los caminos por los que era posible transitar, aunque fuese de manera insegura. Porque, a veces, incluso después de despertar, el paisaje seguía cayendo en desmayos de niebla.

Que el paisaje hubiera estado dormido o que pareciera muchas veces una trampa para los ojos, sin embargo, no significaba que éste fuera un paisaje onírico; lo que sucedía, simplemente, es que, durante ese tiempo suspendido por el hechizo de la niebla, el sueño había aportado algo a la vigilia que no estaba antes, que se había añadido al paisaje en ese proceso, como una duda nacida para quedarse.

Existen quizá dos formas de escribir sobre las realidades invisibles: hacer que el mundo invisible se apodere de los perfiles perfectamente

dibujados de nuestra vida, dejar que se diluyan en éste, o partir del mundo invisible, partir de los ojos cerrados, para buscar caminos.

Aunque es preciso decir que, lo deseemos o no, el medio, lo que nos rodea, ejerce siempre una influencia en nuestra escritura. Es posible escribir sobre la salud desde la enfermedad, como es posible escribir sobre el mar desde la montaña, si la salud o el mar son los temas que nos interesan; sin embargo, no podremos escapar de la influencia de la enfermedad o de la montaña; por poderoso que sea nuestro ejercicio de suspensión de la realidad, éstas siempre nos alcanzarán. Digo «escapar», expreso esta idea de forma negativa, porque hay escritores que buscan o encuentran su inspiración lejos de lo que les rodea, mientras para otros, esa misma realidad constituye la materia de su escritura. Hay un escritor que escribe sobre la enfermedad inmerso en la enfermedad y lo hace en primera persona; otro, que cava túneles en la memoria; otro más, que proyecta mañanas. No existe una sola forma de sentir o de interrogar con la escritura; creo que en realidad escribimos siempre sobre las mismas cosas, aunque partamos desde ángulos distintos, y el viaje se lleve a cabo por cauces diferentes. El resumen, sin embargo, sería éste: unos deben alejarse de lo que ven y otros necesitan de esa inmediatez para pensar. Mi introducción a la niebla hace casi innecesario decir que me encuentro más cerca de los primeros.

La filosofía china reflexiona sobre el prodigioso concepto de la «insipidez». Lejos de la idea occidental, en la que la insipidez tiene un valor negativo, el del no sabor que se obtiene de restar sabores al paladar; el concepto chino convierte la insipidez en una suma, en el centro del sabor del que todos los sabores emanan: un sabor que no siendo ninguno en particular puede serlos todos, que los contiene a todos en potencia.

Este concepto se transmitió como metáfora a todos los sentidos, y de ahí a las artes y a otras disciplinas. En la pintura china, por ejemplo, el paisaje insípido sería aquel en el cual la proximidad y la lejanía son tratados por el pincel del mismo modo, en la cual tienen la misma presencia, el mismo valor. En el mundo de la insipidez, la realidad flota.

Me di cuenta de que esta idea me servía para explicar mi punto de

partida a la hora de escribir: cuando mayor es la abstracción del paisaje de un libro, cuanto más «insípido» es, más cómoda me siento. Tengo la sensación de que, no situándome en ningún lugar en particular, no estando atada a unas coordenadas fijas, me encuentro en todas partes. De esta forma, se cumple también uno de mis mayores deseos, el de trascender el yo más inmediato en favor de un grado de consciencia del que todos participamos, un yo más universal. No escribir sobre mi zozobra, sino sobre la zozobra; no escribir sobre mi casa, sino sobre la casa.

En *Viaje de estudios*, el primer libro de esta pequeña recopilación, un grupo de niños huérfanos avanza por un paisaje nevado, en compañía de un profesor y de un confesor. Después de un periodo de aprendizaje teórico, deben aprender a sortear un paisaje lleno de agujeros negros, de fosos, de calderas, de trampas.

Los huérfanos viajan en tren y se hospedan en monasterios que parecen surgir de la nada; la misma nada en la que parece también sustentarse el origen desconocido de los huérfanos.

Así habla la voz narradora en el primer tren de este recorrido cuando la ventanilla se va llenando de niebla: «La maquinaria del tren ha repartido sus arterias por todos los vagones; se ha apoderado de nosotros y nos empuja, a través de un arsenal de imágenes desconocidas –donde aún reconocemos signos de la ciudad, síntomas de enfermedad de los suburbios–, hacia un desconocimiento más grave. Nos van a enseñar a perdernos».

En el espacio dominado por la niebla, las calles aparecen y desaparecen; podemos perdernos. Aunque aquí se trate de perderse para encontrar, para que lo que surge de la niebla esté vivo por primera vez. Porque la niebla del libro actúa en realidad como oxígeno para las imágenes visionarias de la poesía.

También en la tradición china, la niebla del paisaje nunca es uniforme y cambia sutilmente con cada estación. En primavera es más ligera y difusa que durante el verano, cuando se adensa y se tiñe de un azul verdoso, un color que en otoño vira al rojo, mientras en invierno se

vuelve oscuro y parece dormir. La niebla puede ser seductora o triste, puede atraerte, rechazarte o ser pura imagen del ensimismamiento.

El pintor se relaciona con esa niebla que impide ver la forma completa de la montaña o el claro perfil de un bosque, y su forma incompleta debe ser terminada en la mente de quien contempla el cuadro.

Creo que la niebla cumple una función parecida en la literatura que persigo, y en la cual el significado debe ser conquistado.

Las formas se insinúan, el sentido se entreve; sólo tenemos vislumbres de esa clase de unidad. Aunque la niebla mira a la protagonista de *La mujer ensimismada* como si lo hiciera con un millón de ojos.

¿Qué separa una sílaba de la siguiente? ¿Qué une una palabra a otra? ¿Qué separa o qué une una inspiración de una espiración? ¿De qué están hechos esos espacios intermedios?

Parecen, podrían ser eslabones de niebla.

Menchu Gutiérrez

mayo 2010

La niebla, tres veces

Viaje de estudios

(primer tren)

No tenemos a nadie de quien despedirnos. Sólo la bandera del guardagujas parece decirnos adiós. Una despedida de color rojo, alarmada y sin embargo aséptica.

Hemos organizado nuestro equipaje en los compartimentos, en el único orden posible. Las maletas de aluminio ponen una nota fría sobre nuestras cabezas. De vez en cuando las miramos nerviosamente; hacemos un cálculo fugaz de su peso y establecemos una ecuación con la resistencia de los estantes voladizos.

No decimos adiós y nos sentimos intranquilos, a pesar de que el ritual se ajusta en todo momento al programa establecido por la universidad. La maquinaria del tren ha repartido sus arterias por todos los vagones; se ha apoderado de nosotros y nos empuja, a través de un arsenal de imágenes desconocidas –donde aún reconocemos signos de la ciudad, síntomas de enfermedad de los suburbios–, hacia un desconocimiento más grave. Nos van a enseñar a perdersenos.

Sólo el profesor tiene abierto su breviario y lee por encima de los acontecimientos, como un tráfuga de la materialidad. No necesita consultar el reloj como nosotros. Da la impresión de que, junto al marcapasos, lleva alojado un reloj atómico en su interior. El profesor apenas parpadea mientras lee; tiene el rictus del orden, la fijación amaestrada de la disciplina; aprueba el texto, que sin duda ya conoce, lo vuelve a masticar, ahora sin esfuerzo, dueño de todas las moléculas de su sentido.

Mientras tanto, la ventanilla del tren se ha llenado de niebla y apenas podemos distinguir los árboles verdaderos de los árboles sintéticos; los hospitales de los almacenes; los pozos de agua de los fosos minerales; los agujeros blancos de los agujeros negros.

Creo que no me equivoco al sentir miedo. Tampoco creo equivocarme al sentir frío. Todos estos años de universidad han sido

una pendiente deslizante, de oscuridad en oscuridad; y, ahora, cuando se disponen a enseñarnos la luz tan bien guardada, siento que mis aproximaciones al negro han sido meras tentativas, que voy a verlo de frente, que voy a estar dentro...

No debo emocionarme: el todopoderoso confesor me observa (el profesor y el confesor son las dos únicas autoridades universitarias que nos acompañan en nuestro viaje: nuestro guía científico y nuestro guía espiritual). Vuelvo a mirar por la ventanilla del tren. Seguramente *todos* volvemos a hacerlo; culpables de algo, sufrimos la invisible antesala de la penitencia.

El tren continúa avanzando a través de la confusión. A su velocidad sólo oponemos el freno infeliz del miedo, que, lejos de socorrernos, parece aumentar su poder. Silenciosamente disfrazados de armonía, nos apoyamos unos en otros, dirigidos por la batuta de hielo del profesor.

De pronto, un golpe en el cristal. Un pájaro blanco, superviviente de algún laboratorio de los suburbios, se ha roto definitivamente. Igual que un disparo, el tren ha puesto punto final a su metamorfosis. Sólo quedan algunas manchas de sangre blanquecina en el cristal, en el cual – como si se tratara de la bandeja del microscopio– distingo a simple vista los restos de una antigua leucemia y de un contraveneno ineficaz, de segunda clase.

Todos nos miramos buscando, en un silencio cómplice, la confirmación del diagnóstico. El profesor no ha necesitado levantar la vista de su breviario; como si este accidente hubiera estado previsto en el programa. Nadie pregunta.

(primer monasterio, primera visión)

Los monjes nos esperaban en el atrio, formados disciplinadamente como soldados, aunque, lejos de mirar al frente, parecían sumidos en una humilde concentración de ojos bajos.

El prior avanzó hacia el profesor y le dio la bienvenida. A continuación, primero el profesor y luego el confesor, le besaron la mano. Intercambiaron algunas palabras en el lenguaje de los susurros y el prior se dirigió a nosotros:

«Sed bienvenidos a este monasterio. La universidad ha dispuesto que, durante vuestro itinerario, os alojéis en las casas de nuestra Orden. Estamos seguros de que aquí hallaréis la paz de espíritu necesaria para llevar a cabo vuestro trabajo.»

Continuó haciéndonos las conocidas recomendaciones de respeto al silencio y de oración. A medida que hablaba, el volumen de su voz iba perdiendo intensidad, mientras, sin separar la vista del prior, yo observaba la arquitectura del atrio y, aunque no podía leerlas, reparaba en las inscripciones repartidas por los cubos de piedra de los muros y el artesonado del techo. El prior sólo movía los labios y yo sentía acumularse en mí el frío de los pies amoratados de los monjes, calzados con unas pobres sandalias de cuero.

Despertar del frío es tan difícil..., sólo escuché las últimas palabras de la bendición, con dificultad, gracias a la costumbre de resolver sin entender, mareado de silencio.

Los monjes nos condujeron, entonces, a través de una escalera que arrancaba del claustro, a nuestras celdas, alineadas a lo largo de un estrecho pasillo. La celda, de forma rectangular, contenía una cama, una silla y una mesa. Adosados a la pared, había un lavabo y un pequeño espejo deformante. En el suelo de baldosas, un gran círculo pintado de negro evocaba la boca de un pozo. El círculo estaba situado muy cerca de la cama, ocupaba gran parte de la habitación y, la prohibición de

pisarlo, obligaba a calcular bien los pasos, a medir el equilibrio. La luz entraba, oblicuamente rayada, a través de un ojo de buey inalcanzable, casi pegado al techo. Después de abandonar allí nuestro pesado equipaje, nos dirigimos directamente al refectorio para la cena.

Nos sentamos a ambos lados de una larga mesa de bancos corridos, en silencio, mientras los monjes iban y venían, portando platos soperos llenos de un caldo humeante. Arrastraban sus sandalias por el suelo como una penitencia y agitaban el aire, enfriándolo, con sus hábitos de ruda arpillera. Una vez la mesa quedó servida, el confesor se levantó e inició la oración de gracias. De nuevo sus palabras quedaron ahogadas en la cámara de gas del refectorio. Sentí un profundo y premonitorio vértigo. Cuando me disponía a comer, tuve la *visión*:

Las cabezas del profesor, del confesor y de mis compañeros –como si un hacha las hubiera separado de sus troncos– reposaban con los ojos cerrados sobre los platos de caldo, ahora teñido de rojo. Decapitados, los troncos erectos, los brazos reposados, las manos cruzadas sobre los muslos.

No sentí miedo: era una imagen justa, fuera del tiempo. Después, todo blanco. Lavada la imagen, el refectorio y sus huéspedes recobraron el movimiento anterior. El caldo sabía a caldo. Uno de mis compañeros me dio un golpe por debajo de la mesa. El golpe y el riesgo de sus ojos significaban:

«¿Qué te pasa? El profesor te está mirando.»

Ahora, en la celda, recuerdo la mirada escrutadora del profesor, mis esfuerzos por aparentar cansancio, por rectificar el abandono, y me doy cuenta de que he cometido mi primera falta, y de que ésta no será la última.

El confesor duerme. Si me hubiera atenido al contrato que firmé antes de iniciar el viaje, debería haber acudido al confesionario nada más terminar la cena, debería haberle informado sobre la visión.

El círculo negro concentra toda mi atención. Desde la almohada la pintura se transforma en un pozo real, en el imán de mi desasosiego. En él parecen caer las piedras invisibles que lanzo para medir su profundidad. Pero no escucho el golpe de la caída, ni las piedras permanecen en la superficie, ni regresan.

Tomo la pastilla que hay encima de la mesa y la empujo por la

garganta con un sorbo de agua, pero puedo imaginar cómo, otra noche, la haré desaparecer por el desagüe del lavabo; cómo colocaré la silla sobre la mesa y escalaré hasta el ventanuco para mirar extramuros, aunque la imagen que reciba me ciegue.

(adiestramiento)

El edificio había pertenecido a un antiguo gimnasio y sus ruinas funcionales daban ahora un extraño e intermitente cobijo a la escuela. Los perros se movían, inquietos, hacinados en el fondo de la piscina vacía. Habría unos cincuenta. Eran todos perros atléticos, delgados, de remo alto. Los de aspecto más agresivo eran negros, aunque quizá sus gemelos albinos inspirasen más desconfianza. Había perros con el lomo encorvado, en cuya cresta el pelo cobrizo se encrespaba y oscurecía. De vez en cuando, algunos de ellos se excitaban y atacaban entre sí, mostrando entre los dientes una densa espuma rabiosa. Las dentelladas no parecían alterar el ánimo de sus guardianes. Fuera de la piscina, los lobos se movían libremente junto a los adiestradores, uniformados con fundas de color rojo.

Todos hemos sido vacunados, pero estremece imaginar una inyección de esa rabia sudada de venganza.

Aunque los llamamos perros, no son perros; aunque los llamemos chacales, no son chacales –hace mucho tiempo que dejaron de serlo–; aunque los llamemos adiestradores, no dejan de ser misioneros del nuevo mundo. Hacen catequesis con estos animales.

Los perros han sido entrenados para sortear los agujeros blancos y los agujeros negros. A unos cien metros del agujero, empiezan a emitir una especie de hipido angustioso y acelerado que alerta al explorador, paralizándolo. Los perros pasan drogados la mayor parte del día. Diversas drogas sintéticas y una nada desdeñable cantidad de alcohol se combinan con su alimento. Resulta extraña la forma en que estos animales asimilan el alcohol: parece relajarlos, aunque, en la proximidad de un agujero y al entrar en contacto con los vapores que de ellos ascienden, es la transpiración del alcohol la que activa sus alarmas.

En este primer paseo me ha sido asignado un perro albino. En vez de seguridad, la correa comunica inquietud. Es un lazo con el repelente

animal. Sabes que no caerás en el radio de acción del agujero pero dependes del perro; estableces una relación de dependencia con el miedo.

El terreno (es difícil llamarlo «paisaje») es muy llano: nieve sucia de forma ininterrumpida, en la que bruscamente se abren los agujeros. Seguridad llena de trampas. Los tocones del antiguo bosque son prácticamente invisibles y, sin embargo, como sucede en un valle anegado por las aguas de un pantano, persiste la antigua presencia; también aquí se produce una especie de denuncia del pasado ante el falso tribunal de lo nuevo; la nieve no termina de enmascarar la antigua actividad de una tierra en otro tiempo fértil.

El perro gruñe todo el camino; a veces, se detiene y babea sobre la nieve. La pureza de su blancura irrita como el neón. Siento que es el carro el que va delante, el que arrastra, no el perro. Miro hacia atrás. Apenas distingo el punto de partida. El edificio del gimnasio ya había quedado muy atrás antes de iniciar el recorrido, y la altura de los postes de salida a duras penas sobrepasaba mi estatura. Me pregunto cuánto tiempo llevo caminando. Sobre la nieve blanda, las botas extraordinariamente almohadilladas parecen descontar el tiempo en cada pisada. La inyección intravenosa, que me fue suministrada en el dispensario del gimnasio, agudiza la sensación de ligereza. Es preciso que estemos completamente relajados. A pesar de conocerlos desde la infancia, de ser alimento cotidiano de la conversación, principio y fin de todos nuestros actos, nunca antes nos habíamos enfrentado a los agujeros.

He abandonado la pizarra y sorteo una realidad cada vez más hambrienta. El silencio suena a energía y mis ondas cerebrales se expanden infinitamente; la inquietud se prolonga; el miedo se prolonga. Cuando pensar es imposible, ni siquiera las preguntas de cortesía de la supervivencia llegan a formularse. El silencio se fabrica sobre la nieve e impide que ésta se derrita.

No deseo la protección del perro, no la deseo, no confío en él. La nieve sucia no dice dónde acaba y, sin embargo, el perro parece leer en sus cristales y traducir el infinito caleidoscopio de sus agujas, sus asteriscos siempre cambiantes. Lee, traduce y no lo dice; sólo se desespera. Comprendo que estamos llegando al agujero.

Aquí, aquí nos detenemos. El perro se queda clavado y se encoge en tensión. Es como si sus sensores se cortocircuitaran. ¿Qué parte de su anatomía produce esta cadena imparable de aspiraciones y silbidos cortados, este arrebatado sincopado?

Más allá: el borde. Sólo distingo la superficie negra. Es como divisar el mar por primera vez: la expectativa desbordada, la emoción bruscamente enfriada por una escarcha de los sentidos. El agujero.

El perro no me permite profundizar en el agujero; ni siquiera puedo calcular su diámetro. Parece una pupila que crece y decrece según mi ansioso compás quiere abarcarla. El lagrimeo del perro me suplica que abandonemos esta franja carcelaria. Y cómo obedezco a la brújula de su necesidad: sin oponer resistencia –el triste peso de mi destino levantado por la polea del perro–, como un autómatas sin atributos, como una rueda dentada que encaja en el blando mecanismo de la nieve.

(primera confesión)

El confesor está tuerto del ojo izquierdo. El pozo que imaginamos bajo la ceja está cubierto por un parche de cuero rojo. El rojo actúa como recordatorio de una penitencia. La falta de un ojo crea un equilibrio perfecto en su cara. Un ojo izquierdo igual al ojo derecho daría a su expresión un aire desasistido, perdido, de gas. Sin embargo, el ojo ciego es el complemento ideal del ojo vidente. El uno se apoya en el otro. Anatomía del saber y el no saber.

Es un rostro simbólico que ejerce un enorme poder en la confesión. El confesor, sentado en el sillón de altísimo respaldo, apoya el codo derecho en el reposabrazos y reclina la cabeza sobre ese lado, ocultando la mitad de la cara en la mano. Me ofrece su perfil izquierdo: el parche rojo. Sólo puedo interpretar la mitad de sus labios apretados, la mitad de un rictus casi permanente.

Recuerdo las confesiones en el orfanato: hablar a través de una gasa tensada sobre el bastidor de una pequeña ventana circular. Al otro lado de la ventana, el confesor, desdibujado, escuchaba lleno de oscuridad, mientras las palabras culpables de la confesión parecían quedar impresas en la gasa, como microbios. Después, en el patio del orfanato, durante largo tiempo, conservaba en la retina el negativo de la imagen circular y la transcripción invertida de las palabras: «he soñado», «recuerdo», «quiero». La voz del confesor, embutida en una suerte de surco magnético, recorría el trayecto rutinario de la absolución por absorción, sin levantar la menor ampolla emotiva, sin provocar una mínima erupción culpable. Yo las llamaba «pequeñas confesiones vocales matemáticas» y las vivía sin necesidad de enunciarlas.

Esta confesión es distinta, tiene otra trascendencia. El silencio, culpable de silencio, prevé en sí mismo una penitencia.

Es mi primera confesión desde que comenzó el viaje. No es de carácter voluntario; se trata de la primera confesión fijada en el

calendario obligatorio. Resulta sospechoso que no haya solicitado una confesión espontáneamente en el espacio de cuatro días. Sospechoso y triste, por algún motivo oculto de la razón. Se supone que la intensidad de los acontecimientos de los primeros días debe hacer aflorar dudas, al menos cierto desasosiego espiritual que todos deberíamos comunicar, o desear comunicar. Pero mis dudas, mi desasosiego, mis sospechas no son comunicables.

Para la confección de sus estadísticas es importante que el desasosiego se comunique en estado puro. También los sueños deberían ser entregados al confesor a primera hora de la mañana, como la orina; antes de tentar cualquier posible interpretación personal. La actividad analítica del confesor es certera e incansable; está siempre a nuestra disposición, ¡con qué generosidad fecunda la máquina registradora que viaja con nosotros!

¿Sueños? No puedo recordar ninguno. ¿Sueños? Modulo la voz virtuosamente, a voluntad. Siempre ha sido así. Antes de ingresar en la universidad, incluso ya en el orfanato, conseguía pasar las noches sin sedantes, variar mi dieta, el orden de mis paseos, conquistar la excepción con el arma de mi voz. Con el arma de mi voz, con mi pulso inalterable y con una facultad extraordinaria para percibir el error (que sólo cuando resuelvo en sueños llamo paradoja). Con la voz compenso alguna de mis deficiencias. Convenzo a mis supervisores; mi seguridad personal es absoluta. Esto hace que ocupe un raro puesto en el escalafón. Puestos mediocres en teoría, disciplina y memoria; primeros puestos en práctica y pronóstico. El pronóstico es un clima anticipado, y en ése hay que creer, en ése hay que estar antes de llegar; hay que traer una prueba de lo desconocido y yo la traigo. Traigo escarcha con mi voz y con ella los cubro; me aplauden para salir del frío que los paraliza.

El profesor admira mi destreza en el manejo de todo tipo de instrumental y mi capacidad improvisatoria. Ha aprobado, incluso, por sugerencia mía, la fabricación de un nuevo escalpelo de precisión que quizá sólo yo seré capaz de manejar. Me observa admirativamente también cuando afronto responsabilidades. Parezco invulnerable y en cierto sentido soy invulnerable. Queda por saber qué hago con esta invulnerabilidad.

Las visiones, los sueños no me alteran el pulso, ni parecen desviar mi

atención; pero pasan a formar parte de mi despensa íntima e ignoro los mecanismos que pueden llegar a desencadenar. La despensa está cerrada y es libre.